

Los demonios de la evasión: *El viaje a la ficción. El mundo de Juan Carlos Onetti*¹

Manuel Prendes (Universidad de Piura)

Con *El viaje a la ficción*, Mario Vargas Llosa añade un título más a sus libros de ensayo dedicados a una sola obra u autor de su predilección. Después de las figuras de *Tirante el Blanco*, *Madame Bovary* y *Los miserables*, después de García Márquez y José María Arguedas, presta ahora su atención a otro contemporáneo sudamericano, Juan Carlos Onetti.

El “Prefacio” del libro (11-32) aparece como un breve ensayo semiindependiente cuyas tesis remiten a otros trabajos críticos como *La verdad de las mentiras* y, explícitamente, a los orígenes de la novela *El hablador*. Vargas Llosa aborda en esta introducción el poder de crear por medio del lenguaje realidades alternativas a la insatisfactoria realidad vivida, facultad que propone como decisivo motor del progreso humano y rasgo esencial de su identidad. Tal desajuste entre ficción y realidad encumbra a Onetti, según el autor, hasta la categoría de otros escritores “deicidas” que, como Balzac o Faulkner, articularon en el conjunto de sus narraciones un mundo “inspirado en, pero opuesto al, mundo real” (84). Con la particularidad, en el caso del uruguayo, de que el universo de su ciudad imaginaria, Santa María, no intenta fingir la realidad objetiva sino que, adelantándose a la posmodernidad, se presenta lúdicamente como una creación ficticia (91) que, en casos como el de la que Vargas Llosa califica de mejor novela onettiana, *La vida breve*, acaba jugando de manera sumamente compleja con diferentes planos de lo irreal.

Esta es una de las características más innovadoras de un escritor a quien el ensayista no duda en calificar de “primer narrador moderno” en lengua española, por la temprana incorporación de técnicas renovadoras (fluir de conciencia, percepción subjetiva, ductilidad del tiempo narrativo) que desde sus primeras publicaciones lo destacan claramente en un panorama hispanoamericano dominado aún por las técnicas del realismo costumbrista y nacionalista derivados del siglo anterior.

Aunque Vargas muestra en varias ocasiones su preferencia por el Onetti cuentista, *El viaje a la ficción* se estructura principalmente sobre sus novelas, en orden cronológico desde *El pozo* (1939) hasta *Cuando ya no importe* (1993). Podemos entender que para llamar la atención en ellas sobre la esencial homogeneidad temática y técnica de la narrativa onettiana, y asimismo porque es en su novelística donde va tomando forma el totalizador ciclo de Santa María. No obstante, a lo largo de este desarrollo se

¹ Mario Vargas Llosa, *El viaje a la ficción. El mundo de Juan Carlos Onetti*. Lima, Alfaguara, 2008. 248 págs.

entreveran otros elementos que Vargas Llosa destaca como hitos en el “viaje” de Onetti. Por una parte, aquellos cuentos que el narrador peruano califica de “obras maestras” (particularmente *Un sueño realizado*, *Bienvenido*, *Bob* y *El infierno tan temido*) o mantienen la continuidad del mencionado ciclo. Por otra, discurre sobre el alcance de las influencias artísticas reconocidas en la obra de Onetti por el mismo autor, la crítica académica o la propia lectura de Vargas Llosa. Aparte de la innegable y grandiosa presencia de Faulkner, merecen epígrafe aparte Céline y su “estilo crapuloso”, además de escritores rioplatenses como Eduardo Mallea, Roberto Arlt (en nada santos de la devoción del ensayista) o Jorge Luis Borges (paradójicamente, santo de muy poca devoción del propio Onetti). Menor espacio pero acertadas observaciones reciben el parentesco con la “novela negra” norteamericana y el existencialismo francés.

Quedan los poco exhaustivos datos biográficos, procedentes de testimonios entre los que se encuentran los del mismo Vargas y que iluminan algunos de los “demonios” personales de la obra de Onetti, autor por otra parte muy discreto al hablar de su obra y de sí mismo. Su misantropía arrojaría luz sobre elementos de sus novelas como una fluctuante misoginia, el radical individualismo de sus personajes y la conciencia del mal como única realidad omnipresente y triunfante. Su pesimismo y escepticismo ante la vida y las empresas humanas, que habría conducido a Onetti a buscar una vida más intensa en la escritura y se habría agudizado en sus últimas décadas tras experimentar la cárcel y el exilio, tendría su correlato en las fantasías de sus antiheroicos personajes (tan diferentes en este sentido a los de Faulkner) que crean para sí nuevas residencias y personalidades.

Estos “demonios” onettianos, por su parte, hacen aflorar a lo largo del ensayo los correspondientes vargasllosianos, que permiten [tanto] entender las similitudes (y las diferencias) entre la estética de uno y otro novelista, al tiempo que interpretar la obra de Onetti como demostración de varias de las más arraigadas y defendidas convicciones del escritor peruano. Señalaremos en primer lugar la defensa de un realismo “verdadero” o “no naturalista”, que “incluye lo soñado y fantaseado como partes esenciales de la existencia humana” (67). Y en segundo, las conflictivas relaciones entre la política y la ficción, tal como exponen las páginas dedicadas a *El astillero* o las que cierran el mismo ensayo: Vargas Llosa defiende la independencia del arte frente a la realidad y cualquier servidumbre didáctica o propagandística, al tiempo que advierte contra la reiterada pérdida del sentido de lo real en una cultura latinoamericana que, a la vez que triunfa en las ficciones, persiste en el fracaso de unas utopías políticas y sociales que la condenan al subdesarrollo.